

EUROCOMUNISMO Y DISTENSION

- Por Pierre HASSNER.
- Artículo publicado en "Survival" de Noviembre-Diciembre 1977.
- Traducido por el CN FERNANDEZ BE-CEIRO, del CESEDEN.

Hasta hace muy poco el término más ambiguo, y del que más se ha abusado en nuestro vocabulario político corriente, era el de distensión (detente). El año pasado ha surgido una palabra igualmente confusa: "Eurocomunismo". Cuando examinamos la relación mutua entre los dos términos, sus orígenes, o sus efectos sobre la crisis de la sociedad occidental o sobre la del imperio soviético, la confusión se acrecienta y el problema se presenta muy complejo. Este corto ensayo trata de simplificarlo, perfilando, en forma más sistemática de lo normal, algunas de las notables conexiones entre ambos conceptos, en los que todo es de carácter dudoso, contradictorio -o si se prefiere- dialéctico.

El concepto del Eurocomunismo tuvo su primera manifestación oficial muy recientemente, en la conferencia de Madrid los días 2 y 3 de marzo de 1977, entre los partidos comunistas español, italiano y francés; este último, que fue inicialmente el más remiso, se mostró luego el más resolutivo. Sin embargo, no solamente la naturaleza del fenómeno, sino también su definición, permanecen sujetas a controversia. El eurocomunismo, en su concepto más amplio, incluiría a Yugoslavia, Rumania y, lógicamente, a cualquier versión del comunismo que exprese su independencia de Moscú. En su definición más restringida, yo circunscribiría el concepto a aquellos partidos que tratan de crear una Europa occidental socialista, que admite la compatibilidad entre la lucha por un socialismo democrático y la acción por una Europa unida, y acepta la prioridad de lo europeo sobre unas dimensiones nacionales o universales: en esta concepción estarían incluidos los partidos español e italiano y quedaría excluido el francés. Finalmente, una definición intermedia -que parece ser la que se ha impuesto en el período comprendido entre la reunión de Madrid, en marzo del 77, y el verano pasado- insiste en una versión plural del comunismo; se supone que ello es para adaptarse a las sociedades desarrolladas y comprometerse a respetar su compleja estructura social y sus tradiciones e instituciones liberales, no solo durante el camino hacia el socialismo, sino dentro ya de la propia sociedad socialista. Esto constituye la base de convergencia de

los tres partidos comunistas representados en Madrid; esta concepción, por su énfasis en programas y principios, más que en la oposición a Moscú o a un determinado marco geográfico, como tal, incluye al partido japonés pero excluye a los de Rumania y Yugoslavia y ni siquiera considera a los de China o Albania.

Distensión Este-Oeste.

La distensión puede contemplarse como una condición, una situación o una política. Como una condición o situación, su falta de flexibilidad es incuestionablemente negativa y psicológica: significa una disminución en la tensión con los adversarios y, posiblemente, una atención hacia los aliados. Esto no quiere decir que esté resuelto el conflicto Este-Oeste, ni siquiera que haya decrecido en importancia. Significa, simplemente, que es menos preeminente; resulta uno más entre múltiples conflictos: divisiones internas, divisiones entre el Este y el Oeste, o nuevas distensiones tales como las existentes entre Norte y Sur.

En el terreno político, la distensión significa la explotación de la situación psicológica descrita anteriormente, al servicio de una determinada estrategia política. En este aspecto las expectativas y líneas de acción de sus varios factores, entre ellos algunos partidos eurocomunistas, difieren y a veces entran en conflicto. Existe controversia entre los partidos comunistas francés, italiano y español acerca de si la distensión es una condición previa para el desarrollo del Eurocomunismo, ya que éste necesita la bendición o la tolerancia de las superpotencias, o un obstáculo para un cambio en Europa occidental, toda vez que la distensión propicia el actual "status quo" entre las superpotencias. Esto quedó reflejado en la Conferencia de Berlín de los partidos comunistas europeos, celebrada en junio de 1976. En ella los italianos insistieron en la distensión y se opusieron al ataque al imperialismo americano, mientras que los franceses querían una declaración más militante que enfatizase el rechazo del "status quo" e impugnase la política occidental.

La "crisis occidental" puede juzgarse desde dos perspectivas. Políticamente, y con criterio optimista, se interpretaría como una crisis de clases dirigentes, ya sea por la ilegitimidad o por haber envejecido, pero su relevo -tanto por causas naturales, como por revolución o por la aparición de una nueva alternativa democrática- demostraría que el sistema occidental de parlamentarismo democrático fue eficaz y que sigue vigente. Un criterio pesimista nos presentaría un sistema peligroso en su misma esencia, bajo la presión de múltiples problemas sin resolver y sometido al

ataque de organizaciones y filosofías que le son hostiles. Existen dos crisis de fondo en Occidente: la del sistema económico, con el peligro de una inflación y desempleo, permanentes, y la de las organizaciones colectivas, tales como la Comunidad Europea y la OTAN, la primera con el riesgo de una exacerbación de los nacionalismos y la segunda con la contingencia de la ruptura del equilibrio de poder militar en favor de la URSS.

En el Este se puede hablar igualmente de una crisis en las organizaciones colectivas, más sometidas que nunca a la Unión Soviética, aunque sin el peligro de un balance de potencial bélico desfavorable en el teatro europeo. Pero, mientras que el poder externo del bloque y de su dirigente está en auge, otras crisis -del sistema económico o por "élites" obsoletas- son aún más agudas que las de Occidente, toda vez que los intentos para resolverlas, mediante cambios de liderazgo o de orientación política (como la tentativa de la primavera de Praga y, en cierto grado, la reforma económica húngara) quedan bloqueadas y anuladas por el temor crónico de los "regímenes" a cualquier tipo de cambio.

Estas discrepancias se multiplican cuando se examinan las relaciones del Eurocomunismo con las otras tres concepciones. Aquí nos limitaremos a dar solo unas indicaciones simbólicas sobre el tema. La Distensión no ha creado al Eurocomunismo, pero lo hizo posible: ha legitimado los partidos comunistas occidentales haciendo más difícil para los gobiernos del Oeste -incluido el americano- el poner en práctica una simultaneidad de buenas relaciones con la URSS y un rechazo de dichos partidos, haciendo -en cambio- más fácil para éstos el aceptar las instituciones occidentales, incluida la Alianza Atlántica, y no definiéndose claramente por ninguno de los dos antagonistas. Inversamente, un recrudecimiento de la guerra fría reduciría notablemente las posibilidades de aceptación de los partidos comunistas occidentales, a corto plazo porque ello provocaría una reacción pública adversa, y a largo plazo porque, probablemente, tendrían que tomar una posición clara en uno u otro bando -circunstancia que tratan de evitar- enajenándoles seguidores y obligándoles a modificar sus actividades originales. Sin embargo, también ciertas formas de distensión -tales como las que han señalado los españoles y franceses- pueden resultarles adversas a los eurocomunistas, al privarles del apoyo soviético ante presiones americanas. Considerando el asunto con todo el realismo posible cabe pensar que incluso los importantes éxitos obtenidos, posibilitados por la distensión, pueden volverse en contra de la propia distensión al provocar suspicacias, dudas y reacciones hostiles entre las superpotencias. Aunque las reacciones originales fuesen de evolución dentro de sus propios y respectivos sistemas, tales reacciones se dirigirán después, inevitablemente, hacia el oponente.

Estas reacciones podrían verse posteriormente reforzadas por los efectos de un "sistema-cruzado": por ejemplo, no solamente sería perjudicial para la distensión una reacción americana hostil a la extrema izquierda que, supongamos, alcanzase el poder en Francia o al ala derecha italiana, sino que las relaciones soviéticas con los regímenes occidentales de extrema izquierda tomarían un carácter más incierto que el actual. Podrían conducir a una "finlandización" de estos regímenes provocando con ello un endurecimiento antisoviético en otros países, tales como Alemania Occidental. Pero también podría producir un empeoramiento de las relaciones entre la URSS y los propios regímenes de extrema izquierda: por ejemplo si Moscú exige demasiado de ellos, como parece ser fue el caso de Yugoslavia, o si su preventiva presión sobre Europa Occidental constituyesen para tales regímenes una amenaza más directa que la de los gobiernos burgueses.

La Crisis de Occidente.

En lo que se refiere a la "crisis de Occidente" se puede decir que tuvo mayor incidencia en favor del Eurocomunismo por la propia Distensión, pero esta incidencia se presenta en dos aspectos diferentes, según si se considera la primera o la segunda de las hipótesis expuestas.

Está claro que la causa principal del reciente desarrollo del Eurocomunismo ha sido la oportunidad que se les presentaba a los partidos comunistas occidentales de participar en el poder: esta oportunidad fue consecuencia de la necesidad de una alternativa para los gobiernos existentes, ya sea a causa del ocaso de las dictaduras en el Sur, ya sea por la erosión y desgaste de los gobiernos de larga permanencia en el Norte (véase el caso de los cristiano-demócratas en Italia o los gaullistas en Francia). Esto ha coincidido, y se ha visto fuertemente influenciado por ello, con la aparición de una Izquierda como alternativa de poder aceptable lo que, a su vez, exigió de parte de los comunistas presentarse admitiendo el sistema occidental, incluidos el pluralismo y la OTAN.

La esencial del sistema occidental la constituye la posibilidad de una alternación democrática en el poder y cabe afirmar que lo básico del procedimiento falla cuando tal alternación no se produce, ya sea por la presencia en el poder de gobiernos antidemocráticos -o si se prefiere, anti-sistema- de la derecha, ya sea por que la oposición está dominada por partidos antidemocráticos, o anti-sistema, de la izquierda. Si ambos extremos se someten a las reglas del juego democrático de relevo, a través de elecciones libres, puede decirse que un motivo de crisis permanente

del sistema ha sido superado. Pero existen dos consideraciones que pueden invalidar esta argumentación. Primera, la aceptación de esta regla, por uno o por otro de los extremismos, puede no ser sincera: los partidos comunistas pueden mostrarse pluralistas en palabras y totalitarios en los hechos, rehusando el abandono del poder, una vez alcanzado, aunque sean rechazados por los electores; por su parte, los conservadores pueden ponerse en primera instancia a dar vía libre a un gobierno democrático y acudir a una conjura fascista o militar. Quizás aún más importante, y de mayor efecto de invalidación, lo constituye el hecho de que justo en el momento en que los partidos comunistas empiezan a aceptar el sistema occidental, en principio al menos, es cuando este parece entrar en una grave crisis y afrontando profundas dificultades, por distintos motivos: la "ingobernabilidad de las sociedades modernas" puede constituir una seria amenaza a la democracia parlamentaria; la crisis económica puede arrojar dudas sobre la eficacia de la economía mixta; y si se hace inevitable una prolongada austeridad, la lucha de clases puede agudizarse y conducir a un colapso de las leyes y el orden, lo que favorecería el nacimiento de regímenes fuertemente nacionalistas y autoritarios. En este caso, no solamente las perspectivas del Eurocomunismo, sino incluso su naturaleza íntima, se verían profundamente modificadas.

Si en Occidente la democracia constitucional, la prosperidad económica y la integración europea o trilateral, se recuperan de sus respectivas crisis, el destino de los partidos comunistas occidentales será probablemente el que vaticinó Richard Löwenthal, a principios de la década de los sesenta, en su famoso ensayo "Las perspectivas para el comunismo pluralista"; lejos del leninismo, le quedan dos caminos, ir hacia una democratización social -con las obvias diferencias nacionales debidas a la presencia o ausencia de un partido socialista fuerte- o ir hacia un sectarismo utópico. Si, por el contrario, en Occidente se agudizan los conflictos y se acelera la desintegración de su sistema, entonces los eurocomunistas pueden, o recobrar su papel tradicional de dirigentes de la clase trabajadora en una lucha social intensificada, con una violenta resistencia a los regímenes de extrema derecha, o pueden constituirse por sí mismos en los elementos más fuertes (o al menos los más tenaces) de unos regímenes autoritarios y nacionalistas que podrían representar una especie de fascismo de extrema izquierda. En estos dos últimos casos, tanto si los comunistas están en la oposición como en el gobierno, sus hechuras leninistas, centralistas o autoritarias, se maximizarían, oponiéndose al carácter pluralista, asociado actualmente a la imagen del Eurocomunismo. En resumen, una solución favorable de la crisis occidental estimularía el Eurocomunismo del estilo italiano; una agudización de los problemas incitaría los sentimientos

- tales como el nacionalismo y la rigidez - más afín con el partido francés y su "gaulle-Comunismo".

La Crisis del Este.

En relación con la "crisis del Este", la postura de los Eurocomunistas es también ambigua. Evidentemente la evolución de los partidos comunistas occidentales se ha visto muy influenciada por la crisis oriental - 1956 para los italianos y 1968 para los españoles y franceses, fueron periodos decisivos - y la crítica contra la represión dentro del imperio soviético y sus fallos estructurales fueron temas ambos de gran importancia en el diálogo entre los eurocomunistas y sus interlocutores del Oeste y del Este. Al mismo tiempo tratan de evitar una ruptura, tanto por razones domésticas como por el progreso del poder soviético, una potencia que se les presenta a la vez como una amenaza ante la que hay que contemporizar y como una protección contra las reacciones hostiles americanas.

Contemplando estas mismas relaciones desde el otro extremo, el Eurocomunismo afecta ciertamente al Este estimulando o legitimando - aquellos elementos, del gobierno o de la oposición, que creen realmente en una cierta reforma del Comunismo. A mayor abundamiento sobresalta y de-sagrada a la Unión Soviética y a algunos de los gobiernos más represivos y les conduce a una mayor coacción preventiva, con lo cual aumenta la crisis en los países de Europa Oriental. Así, a medio y corto plazo, el impacto del Eurocomunismo en el Este puede ser un factor que por sí mismo, indirectamente, puede provocar una ruptura entre la URSS y los partidos comunistas occidentales, a pesar de las preferencias mutuas por ambos lados. Eso podría ocurrir si los soviéticos se viesan obligados a aumentar su repulsa al pluralismo y su represión en el Este, y si el Eurocomunismo se viese inducido, por las exigencias de su propia lucha política en Occidente, a incrementar sus denuncias a esta represión. Por otro lado, un objetivo a largo plazo puede ser la evolución del Este hacia el Eurocomunismo, ya sea por propia iniciativa o bajo la influencia de los partidos occidentales, como única salida a la crisis de las sociedades de tipo soviético.

Para concluir, se puede considerar el impacto conjunto y paralelo de estos dos fenómenos, Eurocomunismo y Distensión, sobre los otros dos, las respectivas crisis de Occidente y del Este. Por definición tanto el Eurocomunismo como la Distensión son elementos desestabilizadores; ambos amenazan con la división de Europa en dos sociedades aisladas la una de la otra; y las dos tienden a liberar fuerzas que todos tratan de manipular, fuerzas que pueden ser controladas a corto plazo, pero que nadie puede asegurar que lo sean en un futuro más lejano.

Ciertamente que el resultado no tiene que ser simétrico. Por el contrario, a medio plazo lo más probable es que Occidente presente un cuadro progresivamente multiforme y caótico, teniendo que hacer frente a una Europa Oriental cada vez más fuerte y represiva. Pero, a largo plazo, puede uno imaginarse dos salidas de la crisis con signos muy distintos, pero que ambas contribuirán a mantener a Europa unida: una, simbolizada por el éxito de la Distensión y el Eurocomunismo, constituiría una convergencia parcial bajo la bandera de lo que ha venido llamándose en Alemania "Social-demokratismus" o de diferentes combinaciones de socialdemocracia occidental y un "socialismo con faz humana" oriental; y la otra salida provocada por la reacción contra ambas concepciones (Eurocomunismo y Distensión) y contra la crisis cultural, social y económica, conduciría al nacimiento en Occidente, y a la agravación en el Este, de regímenes neoautoritarios, neoleninistas, neocorporativistas o neofascistas, según que la etiqueta sea de extrema derecha o extrema izquierda. Naturalmente ninguno de estos dos modelos se concretaría en una forma tan clara como la expuesta, pero presentamos unas hipótesis que creemos reflejan con bastante precisión las tendencias existentes, lo que justifica todo lo dicho. Quizás el escritor quede perdonado si, excediéndose de los supuestos límites de una objetividad pseudocientífica, confiesa encontrar el primer modelo más deseable, pero tiene que reconocer que el segundo no es menos probable que el primero.

Pierre HASSNER (*)

(*) Pierre Hassner es un destacado miembro del Centro de Estudios e Investigaciones Internacionales de la Fundación Nacional de Ciencias Políticas de París.